

DON DELILLO
COSMOPOLIS



A sus veintiocho años, Eric Packer es multimillonario y asesor de inversiones. Un día de abril de 2000 se enfrenta a dos desafíos: apostar su fortuna contra la subida del yen... y ganar, y cruzar la ciudad en su limusina para cortarse el pelo... y llegar con vida. Durante su viaje, una odisea contemporánea fascinante, queda atrapado en un atasco producido por diversos acontecimientos: la llegada del Presidente a la ciudad, el funeral de un ídolo de la música, el rodaje de una película y una violenta manifestación política.

Cosmópolis transcurre en un solo día, el último de una época, símbolo del intervalo entre el final de la guerra fría y la actual era de terror, de los años 90, cuando el mercado financiero se desploma y la «nueva economía» inicia su agonía. La última novela de Don DeLillo es una historia intensa que surca los temas capitales de su obra: la alienación, la paranoia, el sexo, la muerte, el mercado global, el terrorismo y la relación entre poder y tecnología.

Reconocido por la crítica internacional como el maestro indiscutible de toda una generación, DeLillo es uno de los autores más importantes y representativos de la ficción norteamericana actual. Es dueño de un estilo directo, preciso, que se nutre de una amplia documentación y una elegancia estilística inusual, capaces de mover a la risa, al terror o a una profunda reflexión.

A Paul Auster

la rata deviene moneda de curso legal

ZBIGNIEW HERBERT

EN EL AÑO 2000

UN DÍA DE ABRIL

PRIMERA PARTE

1

El sueño se abstenía de visitarlo ahora más a menudo que antes, no ya una o dos veces por semana, sino cuatro, cinco incluso. ¿Cómo lo remediaba cuando le sucedía? No salía a dar largos paseos mientras se desplegaba el amanecer. No había un amigo o amiga a los que tanto quisiera como para angustiarlos con una llamada a tales horas. ¿Qué le quedaba en firme? Era cuestión de silencios, no de palabras.

Trataba de leer hasta que le venciera el sueño, pero leyendo sólo conseguía estar más despierto. Leía ciencia y poesía. Le gustaban los poemas escuetos, asentados minuciosamente sobre el espacio en blanco, hileras de trazos alfabéticos e inscritos a hierro y fuego en el papel. Los poemas le daban mayor conciencia de su respiración. Un poema despojaba el momento, lo dejaba reducido a cosas que por lo normal no estaba dispuesto a percibir. Ése era el matiz de cada poema, al menos en su caso, de noche, durante tan largas semanas, una respiración tras otra, en la sala rotatoria, en lo alto del triplex.

Una noche trató de dormirse en pie, en su celda de meditación, pero no estaba aún tan avezado en esas técnicas, aún no era tan monje como para lograrlo. Puenteaba el sueño y lo redondeaba en forma de contrapeso, una calma en completa inmovilidad, dentro de la cual cada vector de fuerza se equilibra con otro. Le suponía un brevísimo reposo, una mínima pausa en la agitación de las identidades inquietas.

No existía respuesta a la pregunta. Probó con sedantes e hipnóticos, pero le causaban dependencia, lo proyecta-

ban hacia su interior en tensas espirales. El más pálido de los pensamientos portaba una sombra de angustia. ¿Qué hizo? No fue a consultar con un analista encaramado en un alto taburete de cuero. Freud está acabado, ahora toca Einstein. Esta noche había decidido leer la Teoría Especial, en inglés y en alemán, pero al final dejó el libro a un lado y se tendió en completa inmovilidad, tratando de hacer acopio de la voluntad necesaria para pronunciar la sola palabra que le valdría para apagar las luces. Nada existía a su alrededor. Sólo el ruido dentro de la cabeza, la mente suspendida en el tiempo.

Cuando muriese, no sería su fin. Sería el fin del mundo.

Permaneció ante el ventanal y contempló el grandioso amanecer. La panorámica de que gozaba le asomaba a los puentes, a los estrechos y las vías acuáticas, hasta más allá de los barrios periféricos y las urbanizaciones dentífricas, para perderse en masas de tierra y cielo que sólo podían tacharse de lejanía profunda. No sabía qué quería. Abajo, a la orilla del río aún era de noche, noche a medias, y los vapores cenicientos ascendían temblorosos sobre las columnas de humo de la otra orilla. Imaginó que todas las putas habían huido ya de las esquinas iluminadas por una farola, con el temblor del pantalón de pata ancha, otras clases de arcaicos negocios a punto de comenzar a agitarse, camiones de reparto que saldrían de los mercados, nuevos camiones en los muelles de carga. Las camionetas de las panaderías ya cruzarían la ciudad, y algunos coches extraviados en plena locura avanzarían haciendo eses por las avenidas, los altavoces a todo meter.

Lo más noble, un puente que salvaba el río, con el sol que empezaba a vociferar detrás.

Observó a un centenar de gaviotas que seguían a una gabarra temblequeante río abajo. Tenían un corazón grande y fuerte. Lo sabía, un corazón desproporcionado al ta-

maño del cuerpo. Era algo que en otro tiempo le había interesado, llegó a dominar el millar de detalles de la anatomía de las aves. Los pájaros tienen los huesos huecos. Dominaba las materias más abstrusas en menos de una tarde.

No sabía qué quería. De pronto lo supo. Quería ir a cortarse el pelo.

Permaneció en pie todavía un rato, contemplando a una gaviota solitaria que planeaba y ascendía llevada por una corriente de aire, admirándola, pensándola a fondo, tratando de conocer al ave, sintiendo el recio y sonoro latir del corazón en el carroñero hambriento.

Llevaba traje y corbata. Un traje suavizaba en cierto modo la combadura de su pecho desarrollado en exceso. Le gustaba hacer ejercicio de noche, hacer pesas que se deslizaban sobre guías de metal, hacer flexiones en estoica reiteración, devorar los tumultos y compulsiones del día.

Echó a caminar por la vivienda, cuarenta y ocho habitaciones. Lo recorría cuando se sentía titubeante y deprimido. Pasó por delante de la piscina, del salón de cartas, del gimnasio; dejó atrás el acuario del tiburón y la sala de proyecciones. Se detuvo ante la perrera de los borzoi y habló con sus perros. Pasó al anexo, en donde era preciso registrar la evolución de las divisas y examinar sondeos de mercado.

Contra todo pronóstico, el yen había subido enteros de la noche a la mañana.

Volvió a la zona de estar, caminando ahora despacio, e hizo un alto en cada habitación para absorber lo que había en ellas, viéndolas en profundidad, reteniendo cada mota de energía que flotase en rayos y en ondas.

Las obras de arte expuestas eran sobre todo campos de color y geometrías, lienzos de gran tamaño que dominaban estancias enteras e imponían un recogimiento de oratorio en el atrio, bajo la claraboya, con sus altos cuadros de fon-

do blanco y la fuente que manaba en el centro. En el atrio se respiraba la tensión y el suspense de un espacio vertical, donde se exige un silencio piadoso a fin de verlo y experimentarlo como es debido, la mezquita de las blandas pisadas y las palomas de piedra que murmuran en la bóveda.

Le gustaban cuadros que sus invitados ni siquiera sabían de qué modo contemplar. Los cuadros blancos eran incognoscibles para la mayoría: capas de una coloración mucosa aplicadas a espátula. La obra era tanto más peligrosa por no ser nueva. Lo nuevo ya no reviste ningún peligro.

Bajó al vestíbulo revestido de mármol en un ascensor con música ambiental de Satie. Tenía la próstata asimétrica. Salió y cruzó la avenida, para darse la vuelta y plantarse de cara al edificio en que vivía. Se sintió contiguo a él. Tenía ochenta y nueve plantas, un número primo, envueltas en una funda indiscernible de vidrio bronceado y nublado. Compartían los dos una arista o un límite, el rascacielos y el hombre. Tenía doscientos setenta metros de altura, la torre residencial más alta del mundo, un paralelepípedo anodino, cuyo único rasgo destacable era su altura. Poseía esa clase de banalidad que se revela con el tiempo como algo verdaderamente brutal. Por ese motivo le gustaba. Le gustaba plantarse enfrente y mirarlo cuando se sentía así. Se sentía aprensivo, algo mareado, insustancial.

El viento soplaba cortante desde el río. Sacó su *palm-top* y se dejó una nota sobre el anacronismo contenido en la palabra rascacielos. Ninguna estructura reciente debería ostentar ese vocablo. Era propio de un alma ya anticuada, reverencial, de la época de las torres en forma de flecha que ya eran un documento del pasado mucho antes de que él naciera.

El instrumento de mano era un objeto cuya cultura originaria había desaparecido poco antes, o estaba a punto de desaparecer. Sabía que tendría que tirarlo a la basura.

La torre le investía de fuerza y de hondura. Sabía qué quería, un corte de pelo, pero permaneció un rato más envuelto en el ruido creciente de la calle, estudiando la masa, la escala de la torre. La única virtud de su superficie consistía en que filtraba la luz del río e imitaba las corrientes del cielo abierto. Poseía un aura de textura y de reflejo. Oteó toda su longitud y se sintió conectado a ella, como si compartiera la superficie y el entorno que entraban en contacto con su superficie por ambas caras. Una superficie separa el interior del exterior sin pertenecer a uno ni a otro. Una vez, duchándose, había pensado en las superficies.

Se puso las gafas de sol. Volvió sobre sus pasos, cruzó la avenida en sentido inverso, se aproximó a las hileras de limusinas blancas. Eran diez, cinco pegadas al bordillo de la acera, a la entrada de la torre, en la Primera Avenida, y otras cinco alineadas en la bocacalle, mirando al oeste. Los automóviles eran idénticos entre sí a primera vista. Tal vez alguno fuese treinta, cincuenta centímetros más largo que los demás, según los detalles de la carrocería y las especificaciones particulares del propietario.

Los conductores fumaban y charlaban en la acera, sin gorra, con traje oscuro, compartiendo un estado de alerta que resultaría manifiesto sólo de manera retrospectiva, cuando se les recalentaran los ojos bien dentro de la cabeza y arrojasen los cigarrillos de cualquier manera y abandonarían sus poses no estudiadas, nada más descubrir al objeto de su vigilia.

Por el momento se limitaban a charlar, voces con acento muy marcado las de algunos, otros incluso en sus lenguas maternas, mientras aguardaban la aparición del gestor de inversiones, del promotor inmobiliario, del asesor financiero y experto en capital de riesgo, del empresario de la informática, del gran señor de la televisión por satélite y por cable, del agente de bolsa al por menor, del directivo de me-

dios con gran olfato, del exiliado que fuera jefe del Estado en algún destrozado paisaje de hambrunas y de guerra.

En el parque, al otro lado de la calle, había estilizadas pérgolas de hierro forjado y fuentes de bronce, al fondo de cuyos platos brillaban iridiscentes y esparcidas las monedas sueltas. Un hombre con ropa de mujer paseaba a siete pechos elegantes.

Le agradó el detalle de que todos los automóviles fueran indiscernibles entre sí. Deseaba un vehículo como ése por pensar que era una réplica platónica, ingravido a pesar de su tamaño, no tanto un objeto cuanto una idea. Pero bien sabía que no era verdad. Era algo que decía por causar cierto efecto, sin creérselo siquiera un solo instante. Llegó a creérselo un instante, pero por los pelos. Deseaba el automóvil no sólo por su tamaño descomunal, sino también porque lo era de un modo agresivo y despectivo, metastásico, algo tremendamente mutante y capaz de pasarse por el arco del triunfo cualquier argumento que se esgrimiera en su contra.

A su jefe de seguridad personal le gustaba el automóvil por el anonimato. Las limusinas blancas y extralargas habían terminado por ser los vehículos que menos llamaban la atención en toda la ciudad. En ese momento aguardaba en la acera Torval, calvo, sin cuello, un hombre cuya cabeza parecía extraíble para proceder a su mantenimiento.

—¿Adónde? —dijo.

—Quiero cortarme el pelo.

—El presidente está en la ciudad.

—Nos da igual. Necesitamos un buen corte de pelo. Tenemos que ir a la otra punta de la ciudad.

—Se va a encontrar con tal atasco que cada centímetro será vital.

—Me alegro de saberlo. Por cierto, ¿de qué presidente estamos hablando?

—Del presidente de Estados Unidos. Habrá controles, barreras al tráfico rodado —dijo—. Habrá calles enteras bo-

rradas del mapa.

—Indíqueme cuál es mi vehículo —le dijo al hombre.

El chófer abrió la puerta, listo para dar la vuelta a la carretera por la parte de atrás y abrir su propia portezuela, a once metros de distancia. Allí donde terminaba la hilera de limusinas blancas, en paralelo a la entrada de la Sociedad Nipona, comenzaba otra hilera de automóviles, los automóviles urbanos, negros o de color índigo, y los conductores aguardaban a los miembros de las misiones diplomáticas, a los delegados, cónsules y agregados, cada cual con sus gafas de sol.

Torval se acomodó con el chófer en el asiento delantero, donde había pantallas de ordenador incrustadas en el salpicadero y aparatos de visión nocturna en la franja inferior del parabrisas, producto de la cámara de infrarrojos instalada en la parrilla del radiador.

Shiner esperaba dentro del vehículo: su experto máximo en tecnología, menudo y aniñado de cara. A Shiner ya ni siquiera lo miraba cuando estaba con él. No lo había mirado desde tres años antes. Una vez visto, ya no había más que ver. Sería facilísimo reconocer su médula ósea en un vaso de precipitados. Llevaba una camisa desvaída y unos vaqueros; adoptaba, sentado, una actitud masturbatoria y agazapada.

—Bien, ¿y de qué nos hemos enterado?

—Nuestro sistema es seguro. Somos impenetrables. No hay programa capaz de piratearnos —dijo Shiner.

—Pues parecía todo lo contrario.

—Eric, ni se te ocurra. Hemos hecho todas las comprobaciones. Nadie nos ha sobrecargado el sistema, nadie ha manipulado nuestras páginas web.

—¿Y cuándo hemos hecho todo eso?

—Ayer mismo. En el complejo. Nuestro equipo de respuesta rápida. No hay ningún punto vulnerable, no hay acceso que no controlemos. Nuestro garante hizo un análisis de amenazas. Estamos protegidos de todo ataque.

—En todas partes.

—Así es.

—Incluido el automóvil.

—Absolutamente incluido, así es.

—Mi automóvil. Este automóvil.

—Eric, por favor. Te digo que así es.

—Tú y yo estamos juntos desde... desde que toda esta nimiedad se puso en marcha. Quiero que me certifiques que todavía tienes la resistencia necesaria para este trabajo. La determinación, el ahínco.

—Este automóvil. Tu automóvil.

—Quiero que me confirmes que tienes una voluntad de hierro, que eres implacable. Todos éramos jóvenes y listos, a todos nos amamantó una loba. Pero el fenómeno de la reputación es un asunto muy delicado. Una persona sube como la espuma gracias a una palabra, y cae al vacío cuando tropieza en una sílaba. Sé que se lo pregunto a quien no debo.

—¿Cómo?

—¿Dónde estaba el automóvil ayer por la noche, después de realizar las comprobaciones?

—No lo sé.

—¿Adónde van todas estas limusinas de noche?

Shiner se derrumbó sin esperanza en las honduras de la pregunta.

—Ya sé que cambio de tema. No he dormido mucho. Ojeo libros, bebo brandy. Pero quiero saber qué pasa con todas las limusinas extralargas que durante el día entero rondan por la ciudad palpitante. ¿Dónde pasan la noche?

El automóvil se encontró con retenciones de tráfico antes de llegar a la Segunda Avenida. Iba sentado en el sillón al fondo del habitáculo, contemplando el despliegue de dispositivos visuales. Aparecían combinaciones de datos en todas las pantallas, símbolos de gráficos fluidos y gráficos